

*A Hélène*



*Los tres pequeños están en la penumbra, metidos en la cama, y las luces que la puerta y las contraventanas cerradas dejan pasar no permiten distinguir sus rasgos. En la habitación a oscuras se entrevén los bultos que forman los niños acostados, se percibe la caricia del rayo de luz de una farola en el pelo de Tommy, diez años. En la segunda cama, paralela a la anterior, se adivina un cuerpo más frágil, el de su hermano Béla, cuatro años. Pegada a otra pared, una tercera cama, en la que está acostada Marthe, seis años, la hermana. Algunos gestos, algunos movimientos indican que aún no duermen.*

*Se oyen sonidos apagados, más allá de las paredes del apartamento, retazos de conversaciones en lenguas extranjeras; a veces, risas, entrechocar de cubiertos, gente comiendo en otra habitación sin duda. Parecen ruidos familiares, tranquilizadores. Acaso todas las noches, menguados por los tabiques, mezan a los niños hasta que cogen el sueño.*

*Y de pronto, una voz que quiere semejar la de un ogro, fuerte, grave y amenazante, la que Tommy inventa para un último juego antes de que se haga de noche, surge en aquella oscuridad tranquila a la que iba a llegar el sueño:*

*—Soy el muerto viviente... que se come a los niños... y me voy a comer... y voy a devorar... ¡a Marthe!*

*Se ve entonces que una diminuta forma de niña en camión salta de la cama, abre la puerta y sale huyendo hacia el pasillo, dando alaridos:*

*—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Tommy me está asustando!*

*Todos los ruidos de la cena cesan bruscamente. La puerta de la habitación está ahora abierta, y una ola de luz que llega del pasillo ilumina el rostro de Tommy, erguido en la cama, con un pijama de tiempos pasados. Es un rostro de ángel inmerso en un silencio profundo, con los ojos deslumbrados por la luz, en un leve guiño, sonriendo como un diablo de pelo rubio y rizado.*

Lo llaman Tommy. Lo llamarán Tommy hasta su última hora, y muchos de sus compañeros no sabrán nunca su verdadero nombre: Thomas Elek. Aquella noche de la primavera de 1935, en el apartamento del número 15 de la calle Rollin, entre la Contrescarpe y la calle Monge, tiene diez años. Béla sí vivirá mucho. Y hasta su muerte, en el 2003, no dejarán de hacerle preguntas sobre su hermano. A su hijo lo llamará Thomas. De Marthe, fallecida en 1998, sabemos que de niña fue con frecuencia víctima de los ataques de humor de su hermano mayor y

también de una injusticia: el amor apasionado, desmesurado porque era un amor aterrorizado, de la madre, Hélène, por Tommy, el mayor de sus hijos. Sin embargo, Marthe también llamará Thomas a su hijo.

Esa escena —como las siguientes, en Dinard— lo complicaba todo. Pero tenía yo especial empeño en empezar así la película. Debía saberse desde el principio que había algo extraño en Tommy, que no se había puesto a matar sólo por convicción. Su madre, Hélène, dirá más adelante que no estaba hecho para matar, que siempre había matado haciendo unos *esfuerzos terribles*. Sin duda, desde su punto de vista de madre, tenía razón. En cualquier caso, son muy raros los individuos que, incluso al precio de esfuerzos horribles, incluso en tiempos de guerra, matan a sangre fría a otros hombres sin verse realmente obligados y sin estar directamente amenazados. Hace falta una energía especial.

La escena no me la inventé yo. Como la mayoría de las escenas de la película, es absolutamente auténtica. Puede leerse en *La Mémoire d'Hélène*, los recuerdos que la madre de Tommy dictó para el editor François Maspero en 1974. Yo me limité tan sólo a añadir la sonrisa.

Tuvimos que encontrar a un niño que pudiera recordar a Gabriel —que hace el papel de Tommy ya de resistente— cuando era pequeño. Pero resultó aún más difícil para las secuencias siguientes, las de Dinard, porque entonces el chico tiene quince años; es decir, que está muy

cerca de la edad del Tommy que interpreta Gabriel, y su papel está más desarrollado.

Los ruidos que se oyen son los de un pequeño restaurante situado en el mismo apartamento. No enseñé el restaurante, pero he querido plasmar los ruidos porque tal fue el fondo sonoro con el que Tommy creció. Hélène era restauradora. Una mujer indestructible, de una obstinación fuera de lo común. Fue ella, no su marido, quien decidió abandonar Hungría, en 1930, para instalarse en Francia. Eran judíos y comunistas, pero no huyeron de la dictadura, el antisemitismo y la miseria. No, Hélène decidió marcharse porque no podía pagar la escolarización de Tommy en el liceo francés de Budapest. Quería que tuviera una cultura francesa. Nada más. Era comunista, pero con un toque aristocrático, esnob, orgulloso, un sentimiento de superioridad. Eso mismo le legó a Tommy. Lo abandonó todo para que su hijo recitara a La Fontaine sin ápice de acento. En Francia tuvo profesiones abracadabrantas para alimentar a sus hijos. Fue vendedora a domicilio de salchichones húngaros, mujer de la limpieza, lavandera. Antes de quedarse con el Fer à Cheval, en la calle Montagne-Sainte-Genève, ya había montado un pequeño restaurante sin nombre en dos habitaciones del piso de la calle Rollin. El boca a boca le llevaba a estudiantes extranjeros, refugiados políticos, húngaros que estaban de paso... El marido la ayudaba. Hablaba seis lenguas, pero creo que su vida se redujo a ayudar a su mujer. Al principio, en Francia, daba clases de idiomas,

hacía algunas traducciones. Se llamaba Sandor en Hungría, Alexandre en Francia. Hélène lo llamaba Elek. Vivieron en la calle Rollin desde 1934 hasta 1937. Es una calleja estrecha, con pobres y pequeños edificios a uno y otro lado —el número 15 tenía cuatro pisos, contando la buhardilla—, que termina en una escalera que baja hasta la calle Monge. Una calle demasiado estrecha para coches, donde los niños podían jugar a gusto sin que Hélène tuviera que preocuparse. Una calle muy antigua, en la que, tres siglos antes, vivía Descartes cuando pasaba temporadas en París, al final de su vida. Desde 1932 también vivía allí Benjamin Fondane, cuyo verdadero nombre, en Rumanía, era Benjamin Wechsler, que había emigrado a Francia en 1922. Doce años después era ya una figura intelectual importante en París. Tuvo que cruzarse muchas veces con los pequeños húngaros, oír que Hélène los llamaba por la ventana con un acento muy marcado, pensar que seguramente eran judíos, como él, y que el futuro que los aguardaba no sería precisamente de color de rosa. Si es que presentía algo, él, a quien la policía francesa vendría a buscar a su domicilio, en la misma calle Rollin, en marzo de 1944, para entregárselo a los alemanes. Murió en Auschwitz. Tommy corrió mejor suerte.

*El niño ha crecido, pero es él, trece o catorce años, con la misma cara de ángel de ojos cegados por la luz —esta vez, la del sol—, de pelo rubio y mojado ese día. Está mirando fijamente algo. Aún no sabemos qué. Se oyen ruidos de agua, el mar, y gri-*

*tos de niños jugando. El plano se va abriendo y descubrimos a Tommy en el agua, con una pandilla de chicos a su lado, divirtiéndose como locos en las olas del mar. Se vuelve hacia ellos:*

*—¡Los alemanes! ¡Allí! ¡Están en el dique! ¡Están en Dinard!*

*Los chicos dejan de jugar y se precipitan hacia la orilla. Tommy, en cambio, no se mueve. Aparece de espaldas, mirando a los chicos que van alejándose, cruzan la playa corriendo, se acercan a los half-tracks grises con una cruz de la Wehrmacht pintada. En el plano siguiente va andando por el dique, con un bañador de aquellos años, una bolsa al hombro, llama a su hermano Béla, diez años, y a su hermana Marthe, doce años, al pasar sin detenerse por delante de la aglomeración de bañistas que se ha formado alrededor de los half-tracks. Ambos lo siguen, y los tres abandonan el dique, caminan por las calles llenas de sol, con casitas de tipo inglés a uno y otro lado, van vistiéndose sin dejar de andar, se detienen, después de haber contado el dinero que llevan, en una panadería, compran unos cucuruchos de helado y entran finalmente en una de las casitas: «Pensión, restaurante».*

*Los chicos cruzan una habitación luminosa en la que están secándose unas sábanas blancas tendidas en unas cuerdas. Detrás de una de las filas de sábanas se ve correr en sombra chinesca la silueta de Béla, y se oye que grita:*

*—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Los alemanes!*

*Los chicos han entrado en la cocina y rodean a una mujer morena, con el pelo recogido, cuarenta años, lleva un vestido sin forma y un delantal; está cocinando.*

—*Ya lo sé —dice con marcado acento—, los alemanes han llegado a Dinard. Están incluso aquí, en el comedor, y les estoy preparando conejo a la mostaza.*

—*¡Aquí! —exclama Tommy—. ¿Has hablado con ellos? ¿Cómo son?*

—*Como todos los puñeteros, Tommy: escandalosos, insolentes, y apestan. Parece que no se han lavado desde que salieron de Berlín. Y están furiosos porque ya les han disparado, han matado a uno de ellos esta mañana, en el patio de la escuela donde se han instalado. Alguien les ha disparado desde la calle cuando estaban en el patio.*

*Tommy apenas atiende. Está respirando los aromas que emanan de la cacerola, mete un cubierto y prueba la salsa.*

—*No tiene suficiente mostaza...*

—*Tiene mostaza más que suficiente para esa pandilla de puñeteros —contesta la madre.*

*Béla ha entreabierto la puerta que separa la cocina del comedor. Se ve una mesa rodeada de oficiales alemanes de uniforme, bastante desaliñados.*

—*Puñeteros —dice Béla en voz baja...*

—*¡Cierra esa puerta! —le ordena la madre—. Tengo trabajo, hijos, id a vestiros.*

*Los pequeños desaparecen, pero Tommy se queda. Está de nuevo de espaldas. Pegado a la madre, rodeándole la cintura con los brazos, y con la cabeza inclinada sobre su hombro.*

—*¿Puedo escupir en el conejo?*

*—No, no puedes. Los he dejado entrar, así que les serviré como a todo el mundo. Si algún día quisiera escupirles, no los dejaría entrar.*

Aquel verano de 1940, Tommy tenía en realidad quince años. Pero elegí a un chico algo más joven. Porque aquel Tommy, en julio de 1940, aún no era el Tommy en el que iba a convertirse un año después. Era antes de que hubiera tocado un arma, era todavía un niño. Había que poner de relieve la diferencia y la infancia que quedó interrumpida. El Tommy balneario, niño feliz y moreno de sol, no podía tener el mismo cuerpo que el Tommy combatiente. Una vez más, hubo que encontrar a un chico que se pareciera a Gabriel, tres años más joven. No fue fácil. Este Tommy se le parece mucho. Además de ser rubio, de la delgadez, del rostro ovalado, de los rasgos finos, presenta la misma altivez, la misma insolencia, el anticipo ya de una virilidad que sólo la presencia de la madre podía dulcificar. Me gusta mucho el modo como apoya la cabeza en el hombro de Héléne, lo consigue con naturalidad. Era su primer papel, creo. Vino con frecuencia al rodaje en París, durante el verano.

Paradójicamente, buscar y elegir a la actriz para Héléne me pareció mucho más fácil. Tenía especial interés en que el acento húngaro fuera auténtico. Detesto los acentos falsos en el cine, a esos franceses que imitan cualquier cosa a base de exagerar las erres. Así es que busqué una húngara de unos cuarenta años, que hablara un poco

francés. Fuimos a Budapest. Nos presentaron a docenas de actrices, todas excelentes, pero no lo dudé un solo segundo. Vilma lleva dentro la fuerza de Hélène, y el orgullo, el carácter completo. El lenguaje de carretero de Hélène le va como un guante, aunque no paró de decir que no le agradaba. El rodaje con ella no fue siempre fácil. En ese aspecto, Miklos, otro de los húngaros de la película, el que hace de Elek, me ayudó mucho.

En verano, desde hacía ya algunos años, Hélène alquilaba una casita en Dinard y la transformaba en pensión familiar para los trabajadores que iban allí de «vacaciones pagadas». Los veraneos de Tommy cuando era niño fueron quizá los días más felices de su vida. Pero no estoy muy seguro. En 1940, en primavera, cuando los alemanes iban acercándose a París, Hélène temió por sus hijos. Mandó a los dos pequeños a Dinard, donde se encontraba su hermano. Se reunió con ellos en junio. Tommy no quiso marcharse de París antes de que terminara el curso y se quedó con su padre. Estaba entonces en tercero B, en el liceo Louis-le-Grand; era muy malo en matemáticas, pero bueno en francés, y le gustaba la literatura. Estaba en París el 14 de junio, el día en que entraron los alemanes. Entonces fue cuando los vio por primera vez.

De modo que cuando llegó a Dinard con su padre, en el mes de julio, el ejército alemán ya no era una curiosidad para él. Hélène dice lo contrario, pero creo que se equivoca. Al cabo de treinta años, los recuerdos se le mez-

clan a menudo, la memoria de las fechas puede fallar, como es natural. Por eso Tommy no sale corriendo hacia el dique con los demás muchachos para ver de más cerca los *half-tracks*, por eso pasa por delante sin detenerse. Ya sabe lo que es. Nadie puede adivinarlo viendo la película, desde luego. Hay otros mil detalles de este tipo cuyo significado sólo yo conozco. Es importante. No hay que explicarlo todo en una película. La realidad, por otra parte, nunca lo explica todo. Y por eso la realidad es más emocionante que el cine. A lo largo de un día, de los miles de imágenes en los que se posa la mirada, hay cientos de ellas que permanecen en el misterio. De manera que las películas en las que todas las escenas son necesarias y comprensibles no pueden emocionar del todo. Y la inversa es casi siempre verdad.

*De nuevo la bella luz de verano. Los pequeños, acompañados por otros niños y niñas, se asoman de puntillas por encima de la balaustrada de un balcón de la casa. Cuando ven que un transeúnte aparece por la esquina de la calle y va acercándose, cogen unos buchets de agua de una jarra, esperan a tenerlo a tiro y luego escupen. Todos retroceden a la sombra, aguantándose las risas, justo antes de que el rociado levante la cabeza. Poco a poco va aumentando un rumor: son voces, órdenes en alemán. Por la esquina de la calle aparece una columna de civiles, hombres, mujeres, niños de todas las edades, escoltados por soldados alemanes. Los pequeños abandonan precipitadamente el balcón, bajan a todo*

*correr la escalera llamando a Hélène, salen de la casa y observan el paso de la columna. Los detenidos llevan maletas. Hablan en inglés. Van muy elegantes, vestidos como turistas chics que se dirigen al casino de la playa. Trajes a los James Ivory. Un niño pequeño llora en brazos de su madre. Hélène sale también de la casa, reparte unas frutas entre los más jóvenes. Una mujer le da las gracias con un acento muy distinguido de Oxford, y se queja de su suerte en el tono que emplearía una lady ofuscada por la impertinencia de un sirviente. Se ve desfilar la columna, alejarse y luego desaparecer por el otro lado de la calle, por el mismo sitio y en el mismo momento en que aparece una familia de trabajadores camino de la playa, a pie, medio desnudos, con salvavidas bajo el brazo y sombrilla al hombro. Pasan por delante de la casa. Tommy sigue mirando fijamente hacia el punto por donde han desaparecido los ingleses y descubrimos su rostro en primer plano, su aspecto de niño desamparado.*

Hélène cuenta que a todos los turistas ricos ingleses de Dinard, muy numerosos, como es sabido, propietarios a veces de villas suntuosas, los detuvieron los alemanes nada más llegar a la ciudad; y quedaron luego retenidos en un campo de concentración. El fulgurante avance alemán los había cogido por sorpresa. No sé lo que pasó con ellos después. Una vez más, a pesar del coste —los extras, los trajes—, tenía especial empeño en esa escena aparentemente inútil. Porque todo lo absurdo de una guerra, y en particular la inhumanidad metódica de los alemanes,

esa especie de cretinismo criminal de los militares nazis, aparecen perfectamente ilustrados, desde los primeros minutos de la película, en esa escena tragicómica. Desde ese momento, todo el mundo podía temerse lo peor; en particular, los judíos. No es imposible que Tommy sintiera con todo aquello su primera ansia guerrera. Así es que la música de la película debía empezar ahí, al principio de la inquietud. Se oyen las primeras notas compuestas por Julian, tan extrañas, aéreas y profundas a la vez, con un coro de niños.

La escena de los escupitajos también es auténtica. Ya no volverá a verse a Tommy en plan diablillo pueril. Sus escupitajos serán muy pronto mortales.